

La estrella, la virgen y la cestita en el río

(Nacimiento e infancia del héroe)

De entre los muchos cuentos que me contaba mi madre, yo prefería el que ella titulaba «El castillo de irás y no volverás». En lo esencial, el cuento de mi madre es el mismo que recoge Aurelio M. Espinosa con el título de «Los siete infantes», dentro del ciclo de *La niña perseguida*, y que aparece en *Las mil y una noches*, en la versión de Galland, bajo el nombre de «Historia del pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro». Recogido así mismo entre nosotros por Julio Camarena con el título de «Los infantes de la estrella en la frente», este hermoso relato se halla difundido por todo el mundo, y la versión documentada más antigua que se conoce es un texto védico del siglo V de nuestra era. Corresponde al tipo 707 de la clasificación de Aarne-Thompson.

Pues bien, este cuento comienza refiriendo cómo tres hermanas (modistas en varias de las versiones españolas) se encontraban de cháchara en una ventana, fantaseando lo que harían si casasen con el rey. Las dos mayores prometen cosas más bien grotescas (hacerle una chaqueta del tamaño de una nuez o unos pantalones del tamaño de una avellana); pero la pequeña asegura que si se casara con el rey le daría tres hijos, cada uno con un lucero en la frente.

El rey, que ha escuchado la conversación con las hermanas, se desposa naturalmente con la más pequeña. Cuando está en la guerra, su mujer cumple la promesa dándole los tres hijos, que vienen al mundo con su correspondiente lucero (en algunas versiones los niños nacen en partos sucesivos, pero en otras, las más genuinas, el parto es múltiple). Las hermanas, envidiosas —la suegra, en otras versiones—, arrebatan los recién nacidos a la madre y, tras sustituirlos por cachorros de animales, los arrojan al río

en una cestita de mimbre o en una urna de cristal. Son recogidos por un jardinero, hortelano o guardabosques que los cría como si fueran sus propios hijos. El resto del relato —superación de pruebas mediante auxiliar mágico, reconocimiento y castigo de los autores de la fechoría, de acuerdo con la estructura que señala Propp para el relato maravilloso— queda fuera de los límites que hemos fijado al presente trabajo.

Nos detendremos en el principio. Los tres hijos —concretamente dos niños y una niña— producto de este parto múltiple, vienen al mundo portando cada uno un lucero en su frente, hecho extraordinario que aparece también en otros varios cuentos populares, entre los que podríamos citar, a título de ejemplo, *Estrellita* y algunas versiones de *La bella durmiente del bosque*.

La señal mágica es una función, concretamente la catalogada con el número 17 de las que según Propp forman la estructura del cuento maravilloso, y puede servir para facilitar otra función, la número 27 o función del *reconocimiento*. La señal puede ser algo que se entrega al héroe, o más frecuentemente una marca que se le imprime en el cuerpo. Como ya hemos señalado, esta señal va a permitir reconocer al héroe frente al falso héroe, aunque también puede cumplir otros cometidos.

Por ejemplo, en el conocido cuento de *Blancaflor o La hija del diablo*, el héroe a quien el diablo le ha propuesto elegir entre sus tres hijas, que permanecen con la cara oculta, para tomar a la elegida por esposa, reconoce a su amada al palpar el dedo al que falta la yema, perdida cuando dejó caer una gota de la sangre de la misma durante el descuartizamiento al que la sometió para salir triunfante en una de las pruebas. En otros cuentos el reconocimiento se lleva a cabo porque el héroe tiene su cabello cortado. Tanto en una como otra señal puede verse una referencia al acto ritual de intercambiar la sangre o el cabello que supone una transmigración de las almas de los celebrantes en el matrimonio ritual, pues tanto el cabello (recordemos el caso de Sansón) como la sangre, según nos refiere Propp en su obra *Las raíces históricas del cuento*, son uno de los asientos del alma. Pero como en el rito una de las partes representa una figura del más allá, el ritual viene a significar la admisión del iniciado en la comunidad de los muertos. De ahí la frecuencia de los pactos de sangre a lo largo de la literatura popular o culta, aunque posteriormente, con frecuencia, el intercambio de sangre es sustituido por el hecho de beber en una misma copa. De este último ritual nos ofrece un bello ejemplo la literatura en torno a Tristán e Iseo, aunque aquí, sin que se olvide el acto ritual iniciático del ingreso en el más allá que tan maravillosamente subrayó Ricardo Wagner, la referencia histórica más próxima es la de la admisión del esposo extranjero en el clan de la esposa durante el matrimonio matrilineal, tal como señala Frazer.

Pero en el cuento al que me estoy refiriendo, la peculiaridad se encuentra en que la señal de nacimiento nos viene dada desde el principio. A veces esta señal impuesta al principio, es decir, en el momento del nacimiento o en la niñez del héroe, va a servir para el reconocimiento posterior de éste no en un reino extranjero, sino en su propio reino del que fue expulsado en su niñez: tal es el caso de los tobillos taladrados de Edipo. Mas no ocurre así en el cuento que nos ocupa, pues la señal con que los niños nacen no va a servir para un reconocimiento posterior. Podría parecernos una señal sin función, gratuita, si no pensáramos que su función consiste precisamente en indicar el carácter excepcional de estos niños.

En el tipo de cuento que estamos examinando, la señal es un lucero en la frente. Hay otros relatos populares o míticos en que la señal es un resplandor dorado o una marca de oro impresa en alguna parte del cuerpo. Vamos a examinar tanto una como otra de estas señales.

El oro se nos presenta en el folklore y en la mitología como uno de los signos del más allá. Una de las características de los dioses celestes es el fulgor, un fulgor de oro. Tanto Varuna como Zeus o Mitra se distinguen por su aspecto dorado. Y dentro de la mitología bíblica, recoge Robert Graves que *Shashmal* es una sustancia divina que, de acuerdo con el primer capítulo de *Ezequiel*, proporciona el ígneo resplandor del trono y el semblante de Dios. La versión griega de los Setenta —añade Graves— traduce *Shashmal* por *electrón*, que en griego guarda estrecha relación con *Electro*, un nombre del sol, y viene a significar «brillante con luz dorada», y de aquí, *electrum*, una aleación de oro y plata. Pero —termina en su nota Graves— como la asociación del rayo con el poder de Dios es antigua, *Ezequiel* acaso considere a este divino *Shashmal* dorado como la fuente del rayo.

Nada de extraño tiene, pues, que los reyes quisieran también revestirse de este fulgor dorado, atributo de su propia divinidad. Tenemos la máscara dorada de los faraones, la máscara también de oro de Agamenón, y los propios emperadores romanos se cubrían el rostro con un polvo de oro, no tanto por ostentación como por hacer resaltar la divinidad de que les revestía el imperio.

Pero el oro no es tan sólo símbolo de divinidad, sino indicativo del más allá, del otro mundo. De oro son las manzanas que crecen en el Jardín de las Hespérides; de oro es el vellocino que van a conquistar los Argonautas y de oro es la escala que Dante ve en el cielo de Saturno y que lleva hasta la esfera celeste para conducir las almas al Paraíso:

dentro al cristallo che 'l vocabol porta
cerchiando il mondo, del suo chiaro duce
sotto cui giacque ogni malizia morta,
di color d'oro in che raggio traluce

vid'io uno scaleo eretto in suso
tanto, che nol seguiva la mia luce.

Por eso aquellos que tienen un origen divino o una vinculación con el más allá, lucen un color dorado o presentan oro en su cuerpo. Así es dorado el color de Hércules y toda la estirpe de Helios, dice Dieterich en *Nekya* —citado por Propp—, «se reconoce fácilmente por el brillo de sus ojos que irradia del rostro como un rayo de sol»; y el mismo Pitágoras aduce como prueba de su divinidad el que sus piernas sean de oro, según refieren sus discípulos en su deseo de deificarle.

Sea por su relación con el sol, o porque su color recuerda al fuego que conduce las almas al reino del más allá, o a la sangre —otro de los símbolos del viaje escatológico, como demuestra el hecho de la pintura roja con que se embadurnan los muertos en el neolítico—, el color dorado es color que indica vinculación con los dioses astrales y el más allá. De otra parte, muerte y divinidades astrales aparecen frecuentemente relacionadas en la historia de las religiones. Así, a partir del Imperio Medio, se establece una estrecha relación entre Ra, divinidad solar, y Osiris, divinidad de los muertos, y el faraón se identifica tanto como hijo de Ra como Horus, el hijo de Osiris y heredero de su reino terreno.

Por eso, frecuentemente, en el folklore o en la literatura mítica el héroe viene al mundo marcado con un resplandor dorado. Pero en el cuento al que nos estamos refiriendo los niños no aparecen con esta seña, sino con un lucero en la frente.

En realidad, éste es un caso similar al anterior. Nos encontramos con una referencia al reino de los muertos y a las divinidades astrales. Vamos a examinarlas brevemente.

El lucero supone no un resplandor dorado, sino diamantino. El cristal y, por supuesto, el más noble de todos ellos, el diamante, es también un símbolo del más allá. Hay allí palacios de cristal, puertas de cristales, árboles cuyos frutos son piedras preciosas. Cuando Gilgamesh en su viaje iniciático llega al mar y avista a la princesa marina, ésta se encuentra en un jardín cuyos árboles dan frutos de cristal purísimo de los más variados colores. Y cuando Aladino entra en la cueva donde se encuentra la lámpara maravillosa, se topa también con un jardín cuyos frutos son diamantes y otras piedras preciosas. Asimismo en la literatura gaélica, el héroe siempre realiza el viaje al más allá en un barco de cristal —como Lanzarote, como Amadis— y también son de cristal el palacio de la Tierra Afortunada y los frutos que dan los árboles de sus maravillosos jardines.

La primera acepción que da el Diccionario de la Lengua Española de la palabra *lucero* —derivada de luz— es la de «el planeta Venus al que comúnmente llaman la estrella de Venus». Venus, la estrella más brillante